

felices. La esperanza en el milagro les hacía olvidar sus miserias, sus esclavitudes de siempre. Dijérase que había concluido el dolor; que una era nueva, abierta por Dios en persona, garantizaba á ellos y á sus hijos la abundancia y la felicidad hasta el fin de los mundos.

III

Tras la rogativa del sábado, en la que el padre Ricardo pronunció uno de sus más gloriosos sermones, amaneció el día solemne.

Era la iglesia un ascua de oro. Por docenas se contaban los cirios ardientes en el altar de la Virgen del Carmen. Esta, sobre sus andas, alfombradas con flores, sonreía á los fieles. Un Dios-niño se reclinaba en su hombro. Era un chicuelo rubio, gordinflón, de pupilas azules. Un gran manto, bordado en oro, regalo de doña Teresa, caía desde los hombros á los pies de la imagen, formando anchos pliegues, arrastrando en cola por la floreada tarima. Vestía la madre de Jesús túnica de raso, bordada con perlas. En los dedos ostentaba deslumbrantes anillos; dos solitarios relucían en sus orejas; sobre su frente descansaba una corona de pedrería y oro.

Las andas, tapizadas en rojo, eran de poca altura, á propósito para que el palio cubriese á la Virgen, sin que sus portadores alzaran más de una cuarta del suelo las varas de precioso metal.

Finada la comida en el claustro, comida que apenas tocaron los pobres en su vergüenza de que les

servieran señoritas, y dormida la siesta, comenzó el desfile procesional, á los sones del órgano, entre cánticos que bajaban del coro y se perdían espaciados, solemnes, por la bóveda de granito. La procesión dió vuelta á las naves laterales, y enfrentando con la central, hizo rumbo á la puerta; coreada fué por el rezo de la arrodillada muchedumbre.

Iban delante las mangas y cruces parroquiales; las cofradías, con sus estandartes en alto. Tendidos en hilera doble, junto á cruces, mangas y cofradías, marchaban los niños y niñas de las escuelas públicas, vestiditos de limpio, muy serios, muy satisfechos del juego que les ofrecía la devoción. Niños más pequeños, infantitos que apenas se tenían en pie, caminaban entre los cofrades, vestidos de ángeles, de San Juanitos, de Jesuses y Virgencillas, en paradisiaco carnaval.

La Virgen se balanceaba suavemente sobre el tapiz rojo de las andas, con su eterna sonrisa, con su manto bordado de oro, con su regia corona ceñida á las sienas, con su hijo-Dios reclinado en el hombro. A sus pies florecían nardos, rosas, claveles, pensamientos, jacintos... una canastilla gigante que eclipsaba con sus perfumes el olor del incienso. Sobre su cabeza ondeaba el palio sostenido por ocho varas argentinas, que empuñaban Juanito, Lucas, el secretario del Ayuntamiento, el primer teniente de alcalde y cuatro cofrades de rango. Precediendo y rodeando á la Excelsa, iban las señoras y señoritas luciendo ricos trajes, adornando sus cabezas con mantillas de blondas, sosteniendo con sus manos enguantadas blandones cubiertos de cintajos y pape-

lillos. Tras el palio seguían el padre Ricardo y dos sacerdotes, revestidos con estrepiosas casullas. A continuación, don Anselmo, los jefes de liberales, republicanos y demócratas; el juez, el notario, el teniente de la guardia civil... todos los notables. Cerraban cortejo los ediles presididos por Antoñote. En pos de ellos se agrupaba la multitud, dando vivas á Nuestra Señora del Carmen, y gritando con suplicante voz: ¡Agua, Señora, agua!...

Las calles, doradas por el sol, hervían de gente. Desde balcones, ventanas y azoteas caían sobre el palio flores, papelillos de papel repiqueteado, serpentinatas, ramos de naranjo y laurel... Las filas de hembras y varones, abiertas al paso de la imagen y sus acompañantes, cerrábanse tras ellos aumentando el agolpamiento, el griterío, la locura de aquel enjambre que encomendaba al cielo la felicidad humana encima de la tierra.

Al llegar á los barrios pobres aumentaron el vocerío y el tumulto.

El desfile del señorío arrancaba vítores en su honor. Hombres en pleno estado de embriaguez, salían de las tascas empuñando vasos de vino que ofrecían al ídolo con mano temblona y voz ronca; apuraban el vino de un trago y se arrodillaban tambaleantes, mezclando en sus labios la oración con los espumarajos, destilando por sus ojos turbios el alcohol hecho lágrimas. Mozas de bronceada tez, se dirigían también al ídolo, deteniéndolo en su viaje triunfal con un ademán de los brazos. Descansaban las andas, hacíase en la muchedumbre silencio, y por boca de la moza brotaba la saeta quejumbrosa,

triste, mendicante. Sus notas vibraban en el aire, bajo un cielo azul donde moría el sol con resplandores calcinantes de hoguera.

Madre del divino Dios,
trae nubecillas del cielo
pa que no mueran de sé
los que en tí esperan consuelo,
y viven de tu mercé.

—¡Olé! ¡Vival... ¡Viva la cantaora! ¡Viva la señora Virgen del Carmen!— ahullaba el gentío á la conclusión del cantar. — ¡Trae agua á nuestros campos, reina y madre de Dios!

En los límites de la población se retiró la parte selecta del cortejo. No era cosa de empolvarse la ropa y dar martirio á los zapatos andando por cima de los surcos. En sus casas aguardarian el retorno.

La procesión echó hacia el campo acompañada por los designados de oficio y por el tropel jornalero.

Al desembocar en la campiña, al tenderse la multitud por el terruño agostado y sediento, aumentaron el clamoreo y las súplicas demandadoras de agua. Ya no era procesión aquello, era un revuelto mar, sobre el cual flotaban las andas y se balanceaba bruscamente la Virgen. Brazos limosneros se tendían hacia ella, bocas contraídas por el entusiasmo reclamaban su intercesión. El terruño gemía, pulverizándose bajo los recios zapatones; nubes de polvo subían á la atmósfera como sucias salpicaduras del oleaje humano.

El cielo, de un azul sombrío, era enorme dosel

tendido sobre la bermeja cabezota del sol. Al brillo de éste palidieron hasta no ser visibles las luces de los cirios. Los brocados del palio, de los pendones y estandartes se enmamecieron, se confundieron en un sólo matiz cobrizo. La figura de la Virgen se recortaba en negro; negro era también el niño rubio. Sin destello quedaron los sortijones de brillantes, los solitarios de la oreja, las joyas del manto. La misma corona perdió su arrogancia ante el astro que esplendía en déspota por todo el inmenso horizonte. Nadie era frente á él sino sombra.

...Y fué al retorno, cuando el espectáculo de la naturaleza cambiöse al brillo postrimero del sol.

Un viento huracanado sopló desde las cumbres. Al lejos puntearon cárdenas nubecillas, donde rojeaba el relámpago. Aquellas nubes se espesaron, avanzaron rápidas y fueron cubriendo lo azul. Un gran trueno estalló entre los nubarrones, partiéndolos á golpe de centella; anchas gotas de agua cayeron contra la tierra al impulso del huracán. Rugió éste más fiero; brilló más intenso el relámpago; lucieron más siniestros los rayos; hizose el nublado más compacto, más pleno, y la muchedumbre, entre medrosa y satisfecha, cayó de rodillas, trémula, sollozante, besando los terrones húmedos y gritando á una voz:

— ¡Milagro!... ¡Milagro!...

Pronto el espanto se sobrepuso á la adoración. Un relámpago abrió el nublado en dos cortinones monstruosos; por entre ellos se descubrió un cielo incendiado, donde las exhalaciones se perseguían, se embestían, chocando unas contra otras en fosforescen-

te pelea. A su lumbre vióse temblar en las cimas serranas los témpanos de hielo; oyóseles crujir, desgarrarse, rodar con espantables ecos. El huracán se desencadenó desgarrando los árboles, arrancando los matorrales, arrastrándolos en montón. Un trueno inconcluible hizo temblar la atmósfera; la lluvia bajó en catarata de las nubes; rumores siniestros subían de las entrañas de la tierra. Esta se estremeció; un temblor epiléptico se apoderó de ella haciéndola oscilar y abrirse como si fuera otra gran nube, que á cuenta de agua y rayos escupía chorros de vapor y partículas llameantes.

La multitud huyó abandonando mangas, estandar-tes, cruces, pendones, atenta á su salvación nada más. Unos caían volcados por los temblores del terruño, otros aplastados por el desarraigo de un tronco. Iban éstos sin dirección, empujados por el huracán; aquéllos arrastrándose como reptiles. Todos se perdieron en fuga, lanzando ayes, prolongando súplicas, recortando blasfemias...

Allá fueron, flotando sobre los ríos que las aguas torrenciales formaban, el palio, en oro y aljófares bordado, las andas, tapizadas con flores. La virgen morena, oprimiendo con su brazo al niño rubio, como si quisiera protegerle contra la catástrofe, flotó un segundo en la corriente; un rayo alumbró sus vestiduras principescas, sus joyas de sultana, su corona y manto reales.

A sus pies nuevos sacudimientos abrieron un abismo. Hacia él fué rodando la imagen. En él desapareció, absorbida, devorada, engullida, sin dejar rastro.

IV

Poco antes de comenzar aquella noche, María sintió dolores que dilataban sus caderas haciendo sus huesos recrujir.

Estaba sola en su vivienda, retirada un kilómetro del carbonero rancho. Manuel salió en busca de caza al alborear; de fiijo no tornaría hasta bien puesto el sol.

No esperaba ella que "la cosa," fuera tan pronto. El lance la iba á coger desprevenida, acaso sin auxilios de nadie. Hizo un esfuerzo para levantarse de la silla y dirigirse al rancho en busca de alguna compañera que la ayudara á salir del apuro. Al llegar junto á la puerta acrecentaron sus dolores y hubo de tirarse contra la cama, lívida, rechinando los dientes.

Aquel dolor cesó, permitiendo á María enderezar el cuerpo y contemplar su rostro en un espejillo de mano, á la postrera luz del sol. Una palidez terrosa se extendía por sus facciones; sus grandes ojos parecían desgarrar los párpados; las ojeras bajaban hasta la mitad de los carrillos como dos manchas de carbón; blanqueaban los labios, y por el pelo, junto

á las sienes, goteaba el sudor en anchas gotas frías.

— ¡No importaba! Más intensos dolores, más desencajes del semblante habían de venir. Todos los sufriría con gusto. A su conclusión estaba el hijo.

Lo que á ella le asustaba, lo que provocaba sus inquietudes era la ausencia de Manuel; el temor de que llegara el trance decisivo y la sorprendiera sola, ignorante de lo que debía de hacer. Esto podía significar riesgo para su criatura... Acaso la muerte. ¡No! ¡La muerte, no!... ¡Ea, ea!... Basta de temores.

Fuera como fuera, sabría ella valerse. El instinto la guiaría. Pues qué, ¿iba á ser menos que cualquier animal? Las hembras que vió parir en corrales y cuadras, no necesitaban de nadie, ni de su propio macho; y las crías se salvaban y agarrábanse, á poco de nacer, al pecho maternal, con gruñidos y con runrunes placenteros.

Como las hembras animales se las compondría ella; iguales instintos que los de éstas regularían sus acciones. Algo recordaba de lo que vió á las hembras animales hacer. ¿Recordar?... Ni eso precisaba. Las paridoras de corral y de cuadra no hacen esfuerzos de memoria. No necesitan aprendizaje. Ya se resolverían las dificultades, según apareciesen. Por el pronto, puso á la lumbre una olla llena de agua y encendió los tres mecheros del candil.

Entonces fué cuando, reflejando el nublamiento de los ojos de la mujer, se nubló el horizonte y adquirió, al par del rostro de ella, matices lívidos, entonaciones cárdenas. Un relámpago abrasó la atmósfera á tiempo que un nuevo dolor abrasaba las entrañas de la hembra; un grito doloroso de ésta fué

contestado en el espacio por los gritos del trueno.

María, espantada, casi arrastrándose, se aferró al ventanal y puso en el paisaje los ojos. Cerróselos el reflejo de una centella, que desgajó una encina, dejándola caer contra el abismo que á doscientos pasos se hundía. Cuando pudo mirar, el trueno retemblaba en las nubes, los rayos incendiaban la atmósfera, la lluvia caía á cortinones. La nieve de las cumbres descendía por las gargantas en oleadas cenagosas; el huracán silbaba en los árboles, gruñía entre las peñas, bramaba en los cóncavos, alzando torbellinos de agua, de guijarros y nieve.

Una sacudida desgarrante agitó las entrañas de la mujer; otra sacudida brutal convulsionó la tierra. María cayó al suelo de bruces, con las manos engarfiadas á las caderas, el cuello en tensión y la voz en grito.

En tal momento un empujón hizo girar la puerta. Bajo su umbral apareció Manuel.

— ¡María!... ¡María! — gritó.

— ¡Aquí estoy! — respondió ella casi sonriente en su agustia, casi alegre en su espanto.

— ¿Qué tienes? — interrumpió Manuel, viéndola retorcerse contra las baldosas. — ¿Estás herida?

— No, no. ¡Es él! ¡Es nuestro hijo!...

Y fué en la noche horrible, á la luz medrosa del candil, al resplandor de los relámpagos, entre hervir de torrentes, rugidos de huracán, retorcimientos de alud y temblores de tierra, como el gran misterio que eterniza la humanidad, trajo un ser á la vida.

Un quejido fué su primera voz. La naturaleza,

provocando en el niño un dolor, le anunciaba que la existencia es lucha; pero, al mismo tiempo, le anunciaba que también es amor y dicha, ofreciéndole el grupo formado por los padres, que se unían en un abrazo sobre los lienzos cuajados de sangre.

— ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío! — exclamaron los dos á un tiempo, contemplando al capullo de hombre que temblaba en las sábanas.

Manuel miró á una parte y á otra. Del muro pendía, sujeta á un clavo, la hoz. Mostrósele un relámpago. Era su herramienta de trabajo, segadora de mieses. Manuel la empuñó é hizo camino hacia la cama, donde el niño se retorció sujeto por el cordón simbólico que, uniendo un sér á otro en su nacimiento, nos muestra la humanidad como una gran cadena, cuyos eslabones, amorosa y fraternalmente entrelazados, han de prolongarse en dirección de lo infinito.

Con mano firme, de un sólo tajo, cortó el cordón Manuel, separando de su tallo al capullo para que empezase á vivir libre, á echar raíces propias, á hacerse flor viva sobre la tierra de los hombres.

María se desplomó contra las almohadas. Manuel, luego de lavar y envolver malamente al infante, lo depositó casi de rodillas, con religiosa unción, en ofrenda, entre los brazos de la madre.

— ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi sangre! — exclamó ella, ofreciéndole el primer brote de aquella sangre con el botón rojo de su pecho.

El padre, silencioso, grave, dejando caer, sin enjugarlas, dos lágrimas al largo de su rostro, contemplaba el grupo.

Poco duró aquella quietud. Un nuevo crujimiento de la montaña hizo oscilar las rocas; la casa se bamboleó; dos anchas grietas rompieron sus muros; por ellas penetraban los rafagazos del huracán, los haces espesos de la lluvia. Eran dos siniestras rendijas abiertas sobre el horizonte para mostrar el frenesí de la naturaleza.

— ¡Pronto! ¡pronto! — gritó Manuel. — ¡La casa va á hundirse! ¡Pronto! ¡Hay que salvarte! ¡Que salvarle!... Sujeta al niño entre tus brazos. ¡Así!... No tengas miedo; ¡soy fuerte! ¡Puedo con los dos!... ¡Salgamos pronto! ¡El relámpago nos alumbrará!

Y envolviendo á su hembra y á su cría en dos mantas; cogiéndolos con sus brazos robustos, echó monte arriba, desafiando la catástrofe, dándole rostro, mientras la casa se cuarteaba y se hundía tras ellos.

¿Dónde iba el hombre?... A la rancharía carbonera, á pedir auxilio á los suyos.

Bajo la lluvia fué, acompañado por las voces del trueno, abofeteado por el vendaval, alumbrado por las exhalaciones que, á manera de faros, iban esclareciendo periódicamente las tinieblas.

Entre aquella luz, se dibujaba la montaña desencajada, rota en mil abismos por donde saltaban los torrentes. El aire los arremolinaba, empujando hacia arriba las aguas, deshaciéndolas en enormes escupitajos; por la corriente bajaban troncos de árboles, techumbres de madera, muebles, bestias agonizantes, criaturas humanas contraídas, muertas, reflejando en su gesto el horror, la estupefacción del desastre.

El rancho no existía. El terremoto lo había derribado. ¿Y la población de aquel mundo? Huyó, como huía Manuel, en busca de un asilo que la permitiera no morir, no desaparecer engullida por la montaña.

¿Asilo? ¿Dónde hallarlo? Cierto que los temblores subterráneos no se repetían; que el peligro del hundimiento cesaba; pero aún restaban la lluvia y el viento; el rayo culebreando entre las nubes, los torrentes saltando por cima de las rocas.

Manuel temía por su carga. Depositarla entre las peñas, sobre el piso encharcado, bajo el espacio goteante y el aire asolador, era exponerla á morir más despacio, con mayor crueldad que dejando á la casa hundirse encima de los tres.

Era menester un espacio cubierto para María y para su hijo. Manuel buscó en la obscuridad. Lejos relumbraba una luz.

— ¡El castillo! — gritó, con grito victorioso. — ¡Animo! ¡Poco falta! ¡Animo! Todo se arreglará.

Y en un arranque de alegría que ahuyentó de sus músculos el cansancio y de su corazón la angustia, echó á correr hacia la luz. Subió á brincos la cuesta; llegó al portón y lo golpeó con los pies á tiempo que gritaba: "¡Socorro!... ¡Socorro!"

Fernando apareció en la puerta.

— ¿Eres tú, Manuel? — preguntó.

— Yo y esto. Esto es, mi compañera y mi hijo, que acaba de nacer. La casa se hundió. ¿Quiere usted albergarnos?

— Pronto — repuso el marqués de Cazorla — ¡pronto!... ¡Venga el niño! Echate á cuestras la mujer.

¡Gregorio! ¡Aumenta lumbre en la chimenea! ¡Curra! ¡Calienta un par de mantas! ¡Madre! ¡Baja pronto, que tenemos amigos!

.....

En un lecho blando, al suave calor de unos leños reposaba la mujer del obrero, apretando contra su corazón al hijito dormido. También ella dormía, sonriente, con la mano libre acariciada por las manos aristocráticas de la marquesa de Cazorla.

— Gracias, señor — murmuró Manuel.

— En la necesidad y en el peligro, no hay señores — contestó Fernando. — Todos somos hermanos.

— Pues gracias, hermano, y hasta que me llégue la vez.

El plañido era general. La naturaleza, colérica, á nadie perdonó. El arroyo, tendido entre el pueblo rico y el pobre, hecho mar por la nieve que se desplomaba de la sierra y por el agua de las nubes, había rebasado su cauce, metiéndose en olas embasuradas, en vertiginosos remolinos, por calles y viviendas. En los edificios humildes que aún restaban en pie, subía la inundación al dintel de las puertas; por las ventanas hubo la gente de salir, con auxilio de balsas. Enseres, bestias, arbustos y troncos, eran arrastrados por la corriente. En ella flotaban cadáveres humanos, lívidos, tumefactos, á punto de estallar. Restos de habitaciones, deshechos por la convulsión geológica, asomaban entre las espumas el esqueleto de sus vigas, el escombros de sus techumbres, la ruina de sus muros. Desde los montículos contemplaban las hembras jornaleras sus muertos hogares, y acompañaban con ojos lagrimeantes é imprecaciones dolorosas el viaje de su disperso ajuar.

Los chicuelos jugueteaban con las aguas ó construían en sus márgenes casitas de lodo, por cuyos

huecos entraban y salían los insectos zumbando. Los hombres vagaban por la desahuciada campiña. Parecían náufragos, explorando el paraje desconocido donde les echó la borrasca.

Con mejor suerte, el pueblo rico, por asentar en alto, no llegaba á él la inundación; pero había hecho presa en los jardines y en los huertos, arrasándolos, sepultándolos, barriendo los planteles de flores, destrozando las hortalizas, socavando las raíces de los frutales. Tampoco se libraron los edificios señoriales. Más sólidos de arquitectura, proseguían en pie, si bien cuarteados, infirmos. Anchas grietas mostraban los interiores cómodos: las cocinas de cok; los vasares atestados de útiles guisandiles; las despensas, abarrotadas de comestibles; los comedores, ricos en cristalería y en loza; los salones, con sus mesas de mármol y sus consolas áureas, y sus butacones de seda y sus cortinones de encaje; los despachos, con sus pupitres aforrados en gutapercha y sus fuertes cajas de caudales; las alcobas, de lechos blandos, de cojines lascivos, de amplias lunas estimuladoras del goce. Por todo ello entraban las pupilas de los desposeídos. Al contemplarlo, sus ceños se fruncían, sus dientes se encajaban y sus manos se contraían con rapaz contracción.

En los grandes almacenes se hacinaban los envases desordenadamente. Arrancados fueron por el sacudimiento, estanterías y soportes. Las cajas desfondadas metían los puñales de sus astillas en sacos y pellejos; las rotas panzas chorreaban aceite, escupían harina ó goteaban el petróleo, formando á ras de piso charcas sucias é infectas.

También las bodegas sufrieron el desastre. Cimentaban en la parte baja del cerro, y la riada tocó á ellas. El agua lamía sus paredes; entraba por las hendiduras que el terremoto abrió y salía en ensangrentados espumarajos, para formar, junto á los remansos, cuajarones de pus.

La campiña, dislocada, desarticulada, se abría en tajos hondos, en abismos de línea irregular y brusca. Contra el fondo de estos abismos, se hacinaban, tal que los muertos después de una batalla, ramas y troncos de árbol.

Los árboles supervivientes se curvaban hacia la tierra sin hojas y sin fruto. Olivos gigantescos, que soportaron la pesadumbre de los siglos, morían abrasados por la centella. Cachos de montaña, caídos contra el terruño; vegetaciones que arrastrará el alud; brechas que abrieron los torrentes; boquetes sombríos que torneó el fuego subterráneo, cambiaban por completo el dibujo de la llanura. Tiempo, mucho tiempo era menester para que recobrara su perdida fecundidad, para que tornara á ser laborable aquel valle, sobre cuya desolación alboreaban cielos color de plomo.

A la desolación del paisaje, al furor de la naturaleza, se unía el crimen de los hombres. Cuadrillas siniestras acechaban el paso de las aguas y requisaban los abismos para desbalijar á la muerte. Muchos cadáveres aparecían con el lóbulo de las orejas desgarrado por brutales tirones; la sangre se coagulaba en el sitio que antes llenaron los pendientes; otros cadáveres mostraban amputados los dedos en que brillaron los anillos; casi todos iban desnudos: las

hembras con el pelo á rape. Los animales muertos eran oculta mercancía. Con ella meteríase por los estómagos la peste. Tampoco los vivos escapaban al bandidaje. Quien á solas se aventurase por los caminos y veredas, tuviera por cierto que tornaba sin bolsa, si no dejaba la existencia en las garras de los expoliadores. Bandadas de buitres, haciendo competencia á los hombres, pasaban bajo el sol, con los corvos picos abiertos y los cuellos tirantes.

Tantos horrores hallaron eco en la nación. Los periódicos llenaron sus columnas con relatos, fotografados, telegramas y excitaciones. Sus corresponsales llegaron al lugar del siniestro, recorriéndolo de punta á punta, lapiz en diestra y fango en botas; los hilos eléctricos funcionaban sin tregua; el público arrebatava á los vendedores los diarios; cafés, círculos, calles, hervían en comentadores; voces de caridad vibraban en los púlpitos; el Gobierno votó créditos supletorios; las entidades sociales y políticas abrieron suscripciones. Una de ellas dedicó sus ingresos á comprar en los Estados Unidos casitas portátiles para regalárselas á quienes las perdieron en el terremoto, es decir, á los propietarios de las zahurdas, donde se albergaban antes los braceros por un tanto mensual. La mitad de la suscripción fuese en portes, comisiones y gajes. Igual ocurrió con el dinero; llegaba cercenado y era mal repartido, no según las urgencias, según las influencias de los damnificados.

No era culpa de los donantes; no lo era tampoco de los recaudadores; éralo de los intermediarios, de las múltiples redes por que pasa y repasa la cari-

dad antes de llegar á su verdadero destino, donde es cosa inútil, alivio estúpido de unas semanas, botín para la codicia de algunos, sarcasmo para la miseria de los más.

La inauguración de la primer casa portátil fué un acontecimiento.

Acudieron á ella el ministro de tanda, el Director general de Obras Públicas, un buen golpe de aficionados, un ciento de fotografos y una representación de la prensa periódica. También fué, aunque no le correspondía, el ministro, diputado por la circunscripción.

Claro que no iba á faltar el señor obispo de la diócesis. Vino con sus familiares; de éstos y Su Ilustrísima fué hospedador el padre Ricardo. Los dos ministros se alojaron en el domicilio de Anselmo; los otros ricos se repartieron lo demás. Con el gasto hecho durante la estancia de personajes y sub-personajes, pasaránlo á maravilla un mes los ayunos que vagaban por las calles del pueblo sin hogar donde guarecerse.

Julia hizo en reina los honores. En reina fué tratada por los dos consejeros y por el obispo que con ellos y los lugareños primates componía en casa del cacique la diaria tertulia.

La casita, motivadora del festejo, alzabase sobre una loma, al lado izquierdo del arroyo; para ir á ella fué necesario improvisar un puente, que se adornó con gallardetes y banderitas nacionales. Daba acceso al puente un arco de follaje. En la clave había esta inscripción:

Á LA CARIDAD

Merina agradecida.

Aquella eminencia era el terreno explanado para

el "barrio de la Limosna." Así llamarían los merinenses al grupo de edificios portátiles. Sólo había el de muestra en pie; los restantes se alzarían más tarde; para más tarde se dejó, por no retrasar la ceremonia.

Un cordel, sostenido por fuertes estacas, ceñía ancho espacio libre entre el "popular," que junto al cordel se agolpaba y la nueva fábrica. Municipales y guardias civiles custodiaban la valla y reprimían las impacencias del gentío. Este se apretujaba empujando los pies, estirando los cuellos en dirección del puente al acecho de la comitiva.

Era el edificio sencillo de arquitectura, pródigamente ventilado y capaz para dos familias. Abriase en dos pabellones. Entre ellos había hueco para otros tantos huertecillos. Próximos á los pabellones, angulando con ellos, se alzaron tribunas. En la presidencial ocupaba Julia, con otras damas, sitios de preferencia.

Al frente de la comitiva que entró por el arco á los acordes de la música, iban el ministro, diputado por la circunscripción, el ministro en funciones, el obispo, el director general y Don Alselmo con su gran cruz al pecho. Tras ellos marchaban el Concejo, el padre Ricardo, los párrocos, los familiares del obispo y una cohorte de levitones y sombreros de copa.

El ministro en funciones, un señor de aspecto solemne, gran calva, gafas de oro y barba gris en punta, subió los escalones que conducían á la casa, se irguió sobre el último, y con voz enfática, en un largo discurso lleno de lugares comunes, habló de los

furores invencibles de la naturaleza; de su injusto rigor contra aquélla comarca modelo de laboriosidad; del noble impulso caritativo con que las altas clases sociales habían acudido en socorro de la desgracia. Saludó á los merinenses desposeídos, en nombre del Jefe del Estado, y les ofreció todo género de protecciones. Luego la tomó con la caridad, con la excelsa virtud que remedia las angustias humanas. Sirvió de remate al discurso la casa para obreros, representante solitaria de aquella caridad por cuya obra la catástrofe dejaría de ser y la abundancia tornaría á reinar en aquella Merina ilustre "siempre agrícola, siempre fiel, siempre católica y siempre monárquica."

Una salva de aplausos acogió la perorata de su excelencia y entró en vez el obispo, robusto y atlético varón, de faz congestiva y voz pausada.

A su juicio, culpas de los hombres fueron castigadas por la divinidad con el terremoto. Sólo advertencia fué ésta. Por eso, á continuación del castigo, puso Dios caridad en todas las almas. La caridad, enjugadora de lágrimas, remediadora de miserias, era el perdón celeste. Aprovecháranlo aquellos pecadores para su arrepentimiento y su enmienda. Vieran en la casita blanca un símbolo terrestre del Paraíso conque Dios obsequiaría á los arrepentidos en la eterna vida celestial.

Mientras aplaudían los hombres y las señoras se limpiaban los párpados con las puntas de sus moqueros, el obispo, tomando de manos de uno de sus familiares el hisopo, roció con agua bendita la fábrica norteamericana.

Rompió la música en acordes de la *Marcha Real*; diéronse los correspondientes vivas al jefe del Estado y, á seguida de un *lunch*, dispuesto en los comedorcitos destinados á los hambrientos de ahora, hizo camino la comitiva á la estación. En ella aguardaba un tren especial adornado con escudos y banderitas.

Los pobres, los desposeídos, las víctimas de la catástrofe que ni aun los discursos disfrutaron—estaban los oradores lejos,—siguieron á escape, en carrera, el rodar de los coches donde aquéllos se alejaban entre nubes de polvo y tintines de cascabeles.

Aún llegaron á tiempo de presenciar el arranque del tren; aún vieron los saludos y los apretones de manos; aún escucharon el pasodoble de la música; aún recibieron la bendición de Su Ilustrísima. Aún recogieron sus oídos el triunfal silbeo de la máquina que patinaba hacia Madrid y el crujir de las fustas con que azuzaban á sus jacas, los del pueblo rico, el de arriba, el de las casas grandes y las azoteas morunas y los jardines rebosantes en flores y los depósitos abarrotados de productos y las cajas repletas de caudales.

En el ocaso resplandecía sobre el barrio de la Limosna la casita de obreros. Los rayos últimos del sol reflejaban en ella como las llamas de una hoguera, lamiendo sus muros, retorciéndose en sus aristas, despidiendo chispas en el barniz de su techumbre. Las llamas rastreaban por los escalones de piedra, se adueñaban de las tribunas, corrían por el puentecillo y ascendían al arco, trocando en bermejós sus verdes, borrando con dedazos de lumbre la inscripción dedicada á la Caridad.

VI

Rehecha malamente su casa, Manuel abandonó el castillo acompañado de María. El hijo no les acompañaba.

El calor de la madre no pudo devolver al infante la vitalidad que lluvia y frío le robaron. Enterrado quedó junto á la torre octógona, bajo la protección del milano que extendía sobre la tumba sus alas de granito.

Fué muy triste el regreso de la pareja. Hasta el portón les acompañaron la marquesa y Fernando. Este llegó con ellos al límite de las derruidas murallas. En él se dieron los hombres un apretón de manos.

—¡Adiós!—sollozó la mujer, volviendo sus ojos á la sepultura del niño. Y siguió monte abajo, apoyada en el hombro de su varón.

Días crueles pasaron aquellos padres huérfanos, frente á la cuna que sus cuidados previnieron. Allí estaba la cuna, en ella la almohada, respunteada por la madre, la sábana de jaretón, doblándose sobre la colcha, remetiéndose por el colchonete de suavisima lana. Al menor tropiezo se balanceaba el lecho in-